

Su propio centro de gravedad
Gerardo Estrada
Director General
Instituto Nacional de Bellas Artes
Abril-julio 1997

¿Por qué el nombre de Fernando García Ponce, más que otros –se entiende que escogido entre los de su generación- nos remite por sí solo a todo ese periodo cuyas formas de designarlo se fueron decantando hasta quedarse en la ruptura?, ¿qué le da a su nombre el valor de casi icono, en la acepción de signo, de ese tiempo? Más todavía, ¿qué trabaja para que, en un primer momento y sólo en un primer momento, nos haga retenerlo en los límites de dicho tiempo, no obstante cubrir su obra, como cubre, varias décadas de la pintura contemporánea de México?.

Una lectura de cuanto se había escrito significativamente sobre García Ponce hasta antes de la presente exposición, en una recopilación debida a María Lluisa Borrás, nos da la respuesta a estas y otras preguntas.

En primer lugar, encontramos que la pintura de García Ponce fue una de las más singulares de ese entonces –los abstractos eran ya de por sí singulares en nuestro medio, apenas unos cuantos: Lilia Carrillo, Manuel Felguérez, Vicente Rojo, el propio García Ponce...-; una pintura que, por lo mismo, más e inmediatamente llamó la atención. Aceptaba un parentesco con otras, un aire de familia, pero, hay que insistir en esto, sus resonancias no eran comunes, ni con mucho, en la práctica de la pintura en México.

El crítico Jorge Alberto Manrique diría que García Ponce fue uno de los artistas de su generación que más pronto maduró, esto es, que muy rápido alcanzó “un equilibrio, una solidez en sus soluciones plásticas”. Para Roger von Gunten –otro de los pintores clave de aquella generación- la restricción de sus medios hacía que los cuadros de García Ponce adquirieran intensidad y al mismo tiempo se desprendieran de toda referencia terrenal; “parecen estar suspendidos en el espacio, tienen su propio centro de gravedad y obedecen a una vertical propia”. Y su hermano Juan concluiría: “Nada en su obra parece proporcionarnos el asidero para intentar la búsqueda de un sentido que se encuentre más allá de la estricta realidad plástica que los cuadros nos proponen”.

En cuanto a su aparente inmutabilidad, la respuesta la tenemos en el texto que Ramón Xirau escribió para el catálogo de la gran retrospectiva de García Ponce, en vida del artista, la de 1973, instalada también en el Palacio de Bellas Artes. Decía el texto de Xirau en uno de sus pasajes que no era el “progreso” lo que caracterizaba a la pintura de García Ponce, “pintura hondamente emotiva y a la vez puntualmente estructurada”, sino “su carácter lírico-subjetivo y la obsesión por penetrar reiteradamente en un mismo y renovado universo del sentimiento, la emoción, la experiencia personal”.

En 1984, entrevistado por el propio Manrique, García Ponce reconoce no sentir que su pintura, incluida la más reciente, presentara grandes cambios con respecto a sí misma; en todo caso, no se trataba de algo que se hubiera hecho con premeditación; se trataba del dominio que él había logrado tener sobre su “caligrafía”, lo que permitía moverse libremente en la superficie del cuadro y, así, expresar lo que era, su modo de percibir la realidad.

Un año después, Jorge Alberto Manrique volvía a ocuparse de la obra de García Ponce:

Por muchos años pudo hablarse quizá más que de los cuadros de Fernando García Ponce, del cuadro único, que acuciosamente fue realizando a través de las muchas telas que pintara. Un cuadro perseguido constantemente, en una depuración interior y en una depuración de los medios para resolver cada una de las telas. A una exposición suya no se iba a ver en qué había cambiado el pintor, sino a confirmar el encuentro con ese equilibrio conocido: a rencontrar, en cada cuadro, el cuadro total.

Pero ahora, de dos o tres años a la fecha, su obra ha sufrido un proceso, primero pensando, luego acelerando: como si el cambio se hubiera iniciado tan parsimoniosamente que resultara imperceptible, hasta encontrarnos de pronto con algo definitivamente diferente. Tanto como para que respecto al sentido de su obra anterior tengamos el sentimiento de la añoranza, y respecto a al presente el de la aventura.

Esta segunda retrospectiva de García Ponce, montada a 10 años de su desaparición física, habrá de decirnos qué ha sido, en estos dos últimos lustros, de esa añoranza y de esa aventura que apenas alcanzó a anunciarse: habrá de decirnos qué es del Fernando García Ponce de hoy y del mañana próximo, del lugar que tiene y que tendrá en la historia reciente de la plástica mexicana.